

## **DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 11, 1-5): *Sobre él se posará el Espíritu del Señor.*

**Salmo** (71, 1-2.7-8.12-13.17): *«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»*

**2ª lectura** (Romanos 15, 4-9): *Acogeos mutuamente.*

**Evangelio** (Mateo 3, 1-12): *Preparad el camino del Señor.*

El cambio es una moneda que se vende hoy a cualquier precio. Deberíamos ser más fieles y valorar más ese cambio que se nos brinda. En el lenguaje bíblico el cambio se llama “*conversión*” y en términos técnicos se define por la vuelta o retorno a los orígenes. Se vuelve de Egipto a la tierra prometida a Abraham y a su descendencia; se vuelve de Babilonia a Jerusalén; se vuelve de la esclavitud a la libertad; se retorna de la infidelidad a la respuesta fiel ante la llamada de Dios.

La conversión que Isaías reclama no es sólo un acto puntual de nuestra voluntad. Se trata de un cambio de mentalidad, de una nueva visión de la existencia humana a medida que la vamos experimentando. Para que ese cambio de mentalidad sea eficaz es necesario que esté asistido por la fuerza de lo alto, que en el caso de la conversión evangélica lo define la proximidad del reino de Dios.

La respuesta fiel a esta cercanía del reino de Dios es la preparación personal para acoger la nueva dimensión que adquiere nuestra existencia si acepta integrarse en el ámbito divino. Ese es el gran anuncio que repite Juan el Bautista con las mismas palabras del gran profeta Isaías: *«Preparad el camino del Señor»*. Despejad todos los obstáculos para que el acceso de Dios al hombre no quede en mera propuesta divina, sino que arraigue y discurra libremente por todos los rincones del quehacer humano.

Esta actitud de preparación, conversión, cambio de mentalidad, se hace ahora, en Adviento, más presente en la liturgia para fomentar en los fieles la conciencia de que el principal motivo de esta actitud, la llegada del reino de Dios, se hace también más cercana en la medida que se acerca la celebración del gran acontecimiento de la Navidad, sólo en la medida que sepamos apreciar este motivo, que nos mueve desde lo alto, seremos capaces de ponernos a la obra de preparar la venida del Señor.

Cambiar no es romper simplemente con el pasado; es convertir todos nuestros haberes, que probablemente se han deteriorado, en valores cotizables en la nueva dimensión en la que decidimos vivir. No será posible un cambio, una conversión, sino estamos dispuestos a aceptar esa transformación de nuestros valores humanos en valores del reino de Dios. La realización de ese cambio no es una mera operación de bolsa, un acto puntual que responde a una sola decisión, sino que se realiza a lo largo de nuestra experiencia personal que se va conformando a la experiencia de un Dios que se acerca.

Por eso todos los años cuando llega el Adviento somos invitados a revisar nuestras conciencias y adecuar nuestra mentalidad con la mentalidad de Dios. Hacemos un balance de nuestros valores y reservas, y nos disponemos a convertirlos en valores válidos en el reino de los cielos. No desperdiciemos esta invitación que la liturgia, a través de los textos bíblicos nos ofrecen y convirtámonos en miembros vivos del reino de Dios.

Vivir con intensidad el Adviento es la garantía para celebrar bien la Navidad, el nacimiento de Dios en nosotros y en nuestro mundo. Nuestras celebraciones, estas semanas, están cargadas de signos y mensajes contundentes que nos ayudan en el camino hacia la Navidad. Todo, en la vida, exige preparación y, ¡cómo no!, también acoger a Jesús que vuelve a nacer como un niño, frágil y necesitado de amor y acogida. ¿Quieres recibirlo? ¡Prepárate bien!

Un embarazo suscita ternura, amor, sueños, esperanza... Vivirlo nos transforma y suscita en nosotros una buena disposición para acoger a quien está por venir. Estas semanas contemplamos a María y, en ella, a la esperanza de la humanidad, el hijo de Dios que anuncia la paz y que transforma nuestro mundo. Él da vida y esperanza a los sencillos y humildes, a quienes se abren a su amor y se dejan bendecir y transformar por él. El mesías que va a nacer es capaz de unir lo que antes estaba separado y roto. ¿Es posible el perdón y la reconciliación? Con Dios todo es posible. ¿Es posible la paz y el desarrollo? Con Dios todo es posible. ¿Es posible la igualdad y el amor? Con Dios todo es posible... pero Él quiere contar con nosotros para hacerlo posible.

La propuesta del Adviento es orientar toda nuestra vida hacia Dios. Juan lo deja muy claro: no valen medias tintas, sino frutos de conversión para recibir al Señor. Esto es preparar el camino para su nacimiento. Celebrar la Navidad es mucho más que decorar nuestras casas y preparar comidas. Se trata de disponernos para que Dios habite en nosotros y oriente nuestra vida. ¿Le dejo a Dios las llaves de mi vida? ¿Me dispongo a acoger su voluntad? ¿Hago mío los deseos de Dios de edificar un mundo en paz? Naturalmente se trata de un camino progresivo para acoger al Señor y a mostrarlo a todos.

Es nuestra aspiración y nuestra vida. Que Cristo habite en nuestros corazones y, por medio nuestro, en nuestro mundo. Es el ser mismo de la Iglesia, como María, llevar en su seno al Salvador del mundo. Es nuestra misión, como la de Juan, llamar al cambio de actitudes para acoger al Señor que viene a nosotros. Somos agradecidos, el Señor viene a nosotros. **¡Feliz Adviento!**